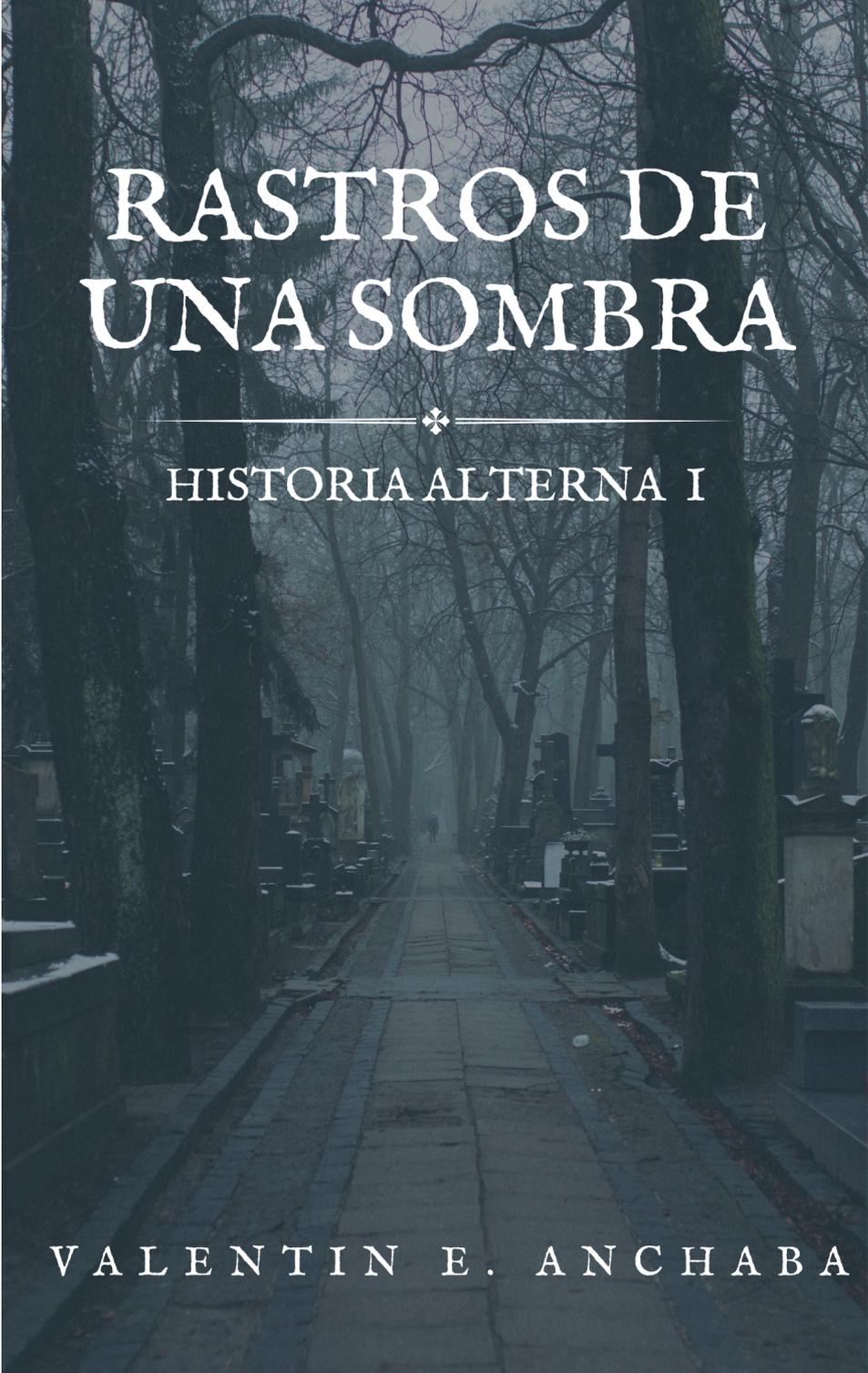


Rastros de una sombra (HA I) □□

Valentín E. Anchaba □□



RASTROS DE  
UNA SOMBRA

✱  
HISTORIA ALTERNA I

VALENTIN E. ANCHABA

## Capítulo 1

- Entramos por atrás, bien agachaditos, y ¡pum! Ya estamos adentro.

Lo que decía Julián tenía sentido para Miguel. Su mano bailoteaba de aquí para allá con una lata de Quilmes en la mano mientras explicaba. A un lado de la ronda, que se congregaba alrededor de un fuego improvisado, una vieja caja de frutas y verduras apilaba las demás cervezas aplastadas.

- Estás loco – eructó Matías.

- ¡Dale Matías! No seas tan aburrido, chabón – le reprochó.

- ¿Y qué tal si hay un sereno?

- Ya te dije que no hay – dijo furioso – ya estuve ahí.

- No puedo creer que estés hablando de esto en serio, Julián – dijo Pilar.

Miguel le sonrió y ella le devolvió una furtiva mirada de exasperación. Apoyada junto a ella, la Maca permanecía indiferente, buscando en su celular la última canción de los Red Hot que había descargado. Mientras Matías abría otra cerveza ella se paró, le dio play a Snow y se sacudió del trasero la tierra que se desperdigaba por toda la casa abandonada. El techo se desmoronaba a pedazos, lo cual les daba una visión entrecortada de la oscura noche estrellada. Miguel permanecía acostado sobre una bolsa arpillera mientras admiraba los huecos donde faltaban las maderas y chapas. La luna alumbraba como un faro por la ventana del costado, su luz se translucía a través del pelo colorado y suelto de Pilar. Miguel creyó que la luna estaba a su servicio.

- No te muevas flaca que así estás hermosa – le dijo.

Ella se paró y se dirigió hacia él. Le puso ambas piernas a un costado y se sentó sobre su pecho. Riendo y buscando aire, Miguel se dejó acariciar por la chica del pelo de fuego.

- Para Colo, lo vas a matar – dijo Maca.

Ellos le ignoraron. Pili ayudó a Miguel a levantarse y limpiarse. Matías y Julián seguían discutiendo el asunto cuando Miguel decidió acabar con el tema.

- Juli, ¿estás seguro de que nadie nos va a ver? – preguntó con seriedad.

En silencio, todos prestaron atención.

- Cien por ciento – contestó.

Miguel asintió. Sacó de su bolsillo trasero una bolsita y un paquete de OCB. El sensei comenzó el ritual, la expectación de los otros crecía junto con la saliva de sus bocas. Sus corazones sintieron y palparon la excitación del aire. Todos creían que era una locura, pero Miguel ganaba valor con cada porro que fumaba. Terminó de enrollarlo, lo lamió y lo pegó. En sus ojos se reflejaban las llamas y la satisfacción de un fasito bien armado. Tomó una ramita del fuego y la utilizó para encenderlo. La primera bocanada fue gloriosa. Ni la mirada de enfado de la Colorada le quitaría su dicha.

- Vamos – dijo, encogiéndose de hombros.

Pilar suspiró y le quitó el faso de la boca. Le dio un par de secas y lo pasó a la Maca. Luego se refugió debajo de su brazo y le habló bien bajito al oído.

- ¿Estás seguro, gordo?

Sonaba asustada. A Miguel le encantaba cuando se ponía así, parecía una ninfa en peligro buscando su socorro. Pero la conocía bien, más que nada buscaba su aprobación. Ambos sabían que no estaban haciendo lo correcto, que incluso era ilegal y se meterían en graves problemas. Él lo aceptaba, ella no.

- Siempre podemos correr al auto – le dijo.

- Sí, es cierto – contestó.

Se dieron un beso tierno y acalorado.

Apretaba el cuero del volante con fuerza, sus palmas resbalaban por el sudor y le temblaban los dedos. El otro brazo descansaba sobre la ventanilla acariciando el cálido aire del verano. La carretera que daba a la parte trasera del cementerio estaba desierta. En tercera y a treinta kilómetros por hora, Miguel piloteaba su nave, un Falcón Guía del 89' heredado de su padre. El muy estúpido le había abandonado cuando era apenas un pendejo de tres años y ni siquiera se dignó a arreglar su auto e irse con él. Aprovechó su ineptitud, aprendió algo de mecánica y se lo quedó. Nunca había soportado verlo en la parte trasera de la casa, con esa lona negra que disimulaba su presencia. Cuando la quitó, fue como revivir un fantasma que siempre le atormentó. Nunca más.

- ... fantasmas y esas cosas – dijo Maca, histérica.

Miguel salió de su trance cuando Pilar apoyó una mano sobre su regazo.

- Los fantasmas asustan más de lejos que de cerca – dijo.

“... Into de flood again, same old trip it was back then ...”, tarareaba Matías. Alice In Chains los acompañaba mientras la Colorada le pedía a Julián que repitiese la historia una vez más.

- Se murió el viejo Navili, el dueño de los Molinos Florencia y las 9 de oro y otras cosas más – comenzó – Hoy a la tarde lo velaron y esta noche dejaron el fiambre adentro del mausoleo.

- ¿Qué? ¿Tan rápido le hicieron el nicho? – preguntó Pilar.

- Es Navili, seguro ya lo tenía hecho, anda a saber. Cuestión que al viejo lo enterraron con alhajas, collares y relojes que valen mucha guita.

- Harías cualquier cosa por la plata vos, incluso profanar un cuerpo – dijo la Maca.

- No es tan profano si lo velaron hoy al medio día, che. Está fresco como una lechuga. Además, esta es la única oportunidad que existe porque mañana le sacan la puertita y lo tapan entero.

- ¿Lo van a encerrar?

- Así lo quiso él.

El testamento era claro. Nadie ni nada puede acceder adentro del nicho. El viejo quería una cámara que lo protegiese de todo lo externo. Una especie de inmortalización de la muerte. A Miguel le simpatizaba. Si total uno se muere y se vuelve ceniza, polvo, tierra y abono para las lombrices. Eso le gustaría a él. Ser abono para las lombrices. O que planten un roble y que él funcione como raíz. Respiró profundo y se vio a si mismo inmortalizado como el pulmón del mundo. Precioso.

La charla fue precedida por un silencio sepulcral. Surcaban con la mirada la cara este del cementerio, con sus mausoleos y criptas que se alzaban en el aire, las estrellas, la luna y la noche infinita. Una especie de melancolía se interiorizó en cada uno de ellos, una simbiosis colectiva que los unía en sagrada comunión. Hoy se asaltará una tumba. Accederemos ante las puertas de la muerte e interrumpiremos el sagrado sueño de los que ya no están.

- Esto es una locura – murmuró Miguel.

- Obvio que lo es – dijo Pilar – Yo no pienso tocar ningún cuerpo, si quieren los espero afuera, pero yo no me acerco. Seguro ni van a poder abrir la puerta.

- No tiene cerradura, no se gastarían en algo así ya que lo van a tapiar – dijo Julián – Seguro pusieron una chapa o una madera atada con alambres. Nadie sospecharía que un grupo de boludos se acercase a echar un vistazo.

- Nadie sospecharía de una entrada secreta – rio Matías.

- ¿Qué tan secreta es? – preguntó Miguel.

- Tan secreta que ya pasamos al lado y nadie la vio.

Dejaron el Falcon, una mancha de nieve en la noche, y caminaron calle abajo. Miguel llevaba la linterna que estaba en la guantera en una mano y en la otra jugueteaba con las llaves. Era tarde por la madrugada y los chicos del barrio seguían jugando a expensas de sus padres. Las pequeñas casitas se erguían intimidadas por el gran paredón gris surcado por grandes pinos. No se veía ninguna puerta secreta.

- Acá boludo – dijo Julián.

El tipo se había metido entre los matorrales, agazapado como una liebre, y levantó una mano haciéndoles señas para que se acercasen. Miguel encontró una puertecita de casi metro y medio color rojo sin cerradura. Echó un corto vistazo alrededor, los chicos que jugaban a la pelota los habían visto pero siguieron con lo suyo.

- Estos pibes saben – dijo Miguel.

- Si, seguro, pero son demasiado enanos como para saltar el tapiál.

- Yo me subo, vos hacéme piecito.

- No, que se suba Julián ya que él tuvo la idea – le reprochó Pilar.

- Pili, al gordo este no le hago piecito ni en pedo.

- Hey, te escuché ...

- Confiá en mí, mi amor. Anda a hacernos de campana.

Le tomó de la barbilla y trató de darle un beso. Ella se dio media vuelta,

dejándole los labios en el aire.

- Te apurás.

Suspirando Miguel se ajustó sus jeans, pisó en la mano de Julián e inició el conteo.

- Uno, dos, tres.

Llegó a la punta del tapial y se agarró con los antebrazos, pisándole los hombros y la gorra a Julián para poder sentarse. Jadeando miró alrededor y se maravilló. Las callejuelas que había entre las tumbas parecían acarrear una especie de niebla, rodeadas por las construcciones con sus cruces, sus ángeles y las alas de piedra.

- Aunque camine en el valle de la sombra de la muerte ... - murmuraba Miguel.

- Apurate boludo – le dijo Matías desde abajo.

- No temeré ningún mal, pues el Diablo es un pelotudo.

Riendo encendió su linterna y encontró un banquito a un costado, debajo de un árbol. Se subió a una de sus ramas y descendió trepando hasta que pegó un salto y aterrizó sobre el banco. Se dio la vuelta y sacó el fierro que hacía de cerradura, empujó la puerta y sus amigos entraron.

Cuando Pilar se acercó a él aún seguía enojada y cohibida, enajenada y frívola, tratando de que la situación no le altere, simulando indiferencia.

- Terminemos con este trámite – dijo.

- Dale, che ¿Qué te pasa?

Trató de ponerle un brazo sobre el hombro y se alejó.

- No me toques. Caminá.

- Dale bola, dale – dijo Maca arrastrándola.

Caminaron entre los muertos como quien se paseaba en el parque o la plaza, mirando los epitafios, fotos, velas, flores, cartas y regalos. Por allí se encontraba la tumba de su abuela Pocha, unos metros más hacia la derecha. Julián los guio, escurriéndose entre las paredes y los ladrillos, todos enmohecidos y agrietados por el paso del tiempo. Las cajas contenedoras no escapaban a la primera condición. La inmortalización de la muerte no podía darse. Incluso luego de morir seguimos muriendo, pensó Miguel. Pero si me transformo en árbol seguiré siendo vida.

Necesito ser un árbol, un pino, un roble o un sauce llorón. Un precioso sauce llorón, para que unos pibes como él y sus amigos se tiren a disfrutar de una birra y la buena sombra. Para que los enamorados tengan un espacio íntimo. Las ninfas del bosque y el príncipe azul. De repente tuvo la certeza de que algo malo ocurriría y buscó a Pilar con la mirada. Seguía de brazos cruzados, su pelo encendido y el ceño fruncido. Aun así, era preciosa.

- Llegamos – dijo Julián.

A un costado, cerca del centro del cementerio, se alzaba un sepulcro con el más fino detalle entre unos setos. Un mármol blanco se alzaba en dos pilares y sostenían un techo acabado en ángulo inclinado. A un lado estaba la foto del viejo Navili, sonriente y esplendoroso con un traje blanco y mocasines negros.

- Así lo enterraron – comentó Juli.

- ¿Y las joyas que tiene puestas? – preguntó Maca.

- Adentro – se dirigió a Miguel – La tenaza.

Miguel se la sacó del bolsillo trasero y se la tendió. Juli subió los tres escalones resbaladizos y pulcros como la leche maternal. Una puerta de madera estaba agarrada con alambre a unos fierros clavados por dentro de la cripta. Los cortó con dificultad y los retiró con sumo cuidado. Cuando sacó el último de los alambres la puerta cayó con estruendoso eco, sacudiendo el polvillo del suelo y dejando al descubierto un ataúd oscuro y tétrico. Solo se oía el silencio de la noche, con un par de cuervos centinelas cuyos ojos custodiaban a los agresores, los usurpadores y los fugitivos que pisaban ahora tierras desoladas. No les gustaba lo que veían.

Miguel tomó su linterna y alumbró la estancia. Las paredes de piedra no reflejaban el más mero destello, pero la madera del sarcófago, como un vacío cósmico, parecía abducir toda luz. Tragando saliva, Miguel se acercó. Pilar fue detrás de él, luego Julián y así los otros. Todos rodearon al protagonista de esta noche. Matías se puso frente a él, dejó su skate a un lado y tomó ambas manijas para abrirlo.

- Estoy cagado hasta las patas – confesó gimiendo.

- Yo también – dijo Miguel.

- Todos lo estamos – dijo Maca.

- Mejor terminemos esto rápido, me quiero ir – dijo Pilar.

- Abrílo – dijo Julián.

Al levantar la tapa, todos vieron al viejo Navili a la luz de la linterna, con su impecable traje blanco y los ojos cerrados. Miguel sentía la tentación de tocarle la cara, acariciarlo, palparlo y comprobar lo que era la muerte. Sus arrugas surcaban toda su cara, los labios estaban entreabiertos y su cabello estaba engominado hacia atrás. Tal vez así se vestía en su juventud para ir a los bailes, echar una cabeceadita y bailarse un tango en los bares y cantinas escondidas.

Maca solo veía las joyas, el destello que provocaban los quilates de los oros que rodeaban su cuello, sus dedos y su muñeca. Apresurada tomó la cruz que colgaba y la desprendió desde atrás, por la nuca. Tomó sus manos y comenzó a sacarle los anillos.

La luz de la linterna comenzó a parpadear. Miguel creyó que se quedaba sin pilas. Golpeó el aparato un par de veces, astillando la madera del ataúd, sin conseguir resultados. Pilar permaneció en la entrada como había dicho y se propuso a hacer campana. No había nadie. Su paranoia le hizo ver una sombra por el rabillo del ojo, aunque parecía algo más que una sombra, una silueta extraña que avanzó serpenteando por la noche. Estoy asustada, pero ya terminamos, ya nos vamos a casa, se dijo. Suspirando se acercó y se propuso a leer un cartel que rezaba un epitafio:

*"Hacia la eterna juventud partiré*

*Seguido por la eterna sombra*

*A ella culto le rendí ... y a ella culto le rendiré"*

Pilar no entendió el mensaje, pero no lo gustó para nada la parte de la sombra. Con el frío recorriendo su espina dorsal se acercó a Miguel y los demás.

- Me quiero ir – dijo.

- Ya terminamos – dijo Matías, ayudando a Maca.

- No me importa. Nos vamos, ahora. Cerremos la puerta lo antes posible.

Mientras discutían una sombra pasó inerte y serena frente a la cripta. Todos la percibieron, sin siquiera mirarla, solo el miedo los hizo voltear. Cada vez más asustados siguieron su labor.

- Tranquila – le decía Miguel tomándole las mejillas – sacan los relojes y cerramos todo. Es así de sencillo.

- Esta trabada la perilla – decía Maca – No lo puedo sacar.

- ¿Es un Rolex eso? – preguntó Julián.

- Me quiero ir, gordo, por favor – susurraba Pilar.

Las lágrimas comenzaron a brotar y empapar sus mejillas, las comisuras de los labios y la barbilla. Otra vez pasó la sombra a increíble velocidad.

- ¿Qué fue eso? – preguntó Matías.

- No lo sé. Un pájaro, quizás – dijo Julián.

- Maca, mejor dejemos el reloj, esto me da mala espina – dijo Miguel.

- Pero ...

La puerta se alzó y se cerró de golpe con pavoroso eco. El sonido los aturdió a todos y el terror les despertó hasta la más mínima duda. Juntos se fueron hacia la pared más alejada, Miguel frente a Pilar, protegiéndola, caminando de espaldas. Sus respiraciones se aceleraron, escapándose como un mero hilillo de agua. Incrédulos, observaron una sombra filtrándose por la puerta, unos tentáculos oscuros y vacíos, carentes de cualquier rastro de humanidad, vida e incluso materia.

- Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte ... - susurró Miguel.

La sombra envolvió toda la estancia, incluso la pared a sus espaldas. Los anillos, pulseras y cruces se cayeron de las manos temblorosas de Maca. Julián se orinó encima. Matías se desmayó, hiperventilado. Pilar envolvió a Miguel con sus brazos desde atrás. Este seguía apuntando a la puerta con la linterna cuando dos hendiduras se formaron, desgarrando la realidad y el espacio-tiempo.

- ... no temeré ningún mal ...

- Te amo – dijo Pilar.

- ... pues tú estás conmigo.

- Decí que me amás – susurró.

- ¿No es eso precioso?

- ¡Decílo!

Y entonces la sombra rio con un sonido ensordecedor, estridente y macabro, lanzándose sobre ellos y envolviéndolos en la oscuridad eterna.

Las autoridades solo se encontraron con la puerta apoyada contra las paredes, el sarcófago abierto y las joyas desperdigadas en el suelo.

Nunca más se hallaron a los cinco que profanaron la tumba del difunto Adriano Navili.